

LUIS MONTAÑ

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

La conquista
de Retamares
por la
columna
Castejón



Nº3

60cts

LIBRERIA SANTAREN - VALLADOLID

MUY PRONTO

APARECERÁ:

**"Revoluciones políticas
y selección humana"**

Un gran libro del doctor

M. BANUELOS GARCIA

5 PESETAS

LA CONQUISTA DE RETAMARES
POR LA COLUMNA DE CASTEJÓN

EPISODIOS PUBLICADOS:

- Núm. 1.—Cómo fué tomado el Alto del León.
» 2.—Los centauros de España en el Puerto del Pico.

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

LUIS MONTAN

ILUSTRACIONES DE «GACHE»

La conquista de Retamares
por la columna de Castejón

EPISODIO NÚMERO 3

LIBRERÍA SANTARÉN - VALLADOLID

Residencia
de Estudiantes

Episodios de la guerra civil, por Luis Montán

Ilustraciones de «Geache»

La conquista de Retamares por la columna de Castejón

ESPAÑA AVANZA

Corrían los primeros días de Noviembre, y España proseguía su avance por las tierras rojizas de Castilla sobre la meta de Madrid.

Ya había dejado atrás nuestro Ejército, enrolados a la gran página de sus conquistas, los nombres de Toledo, Grinón, Pinto, Navalcarnero y Getafe, y la nueva España era un clamor unánime de victoria.

Desde los campos de Extremadura, nuestras fuerzas coloniales, constituidas por Tercio y Regulares, venían trazando a su paso como una estela de triunfo, de la que vivían pendientes la curiosidad y la admiración de Europa. El ímpetu unido a la previsión táctica, el valor sereno ligado a la decisión en los momentos culminantes. Los nombres de Franco, Mola, Varela, Yagüe, Castejón, Asencio, Delgado, Serrano, Tella y los de otros muchos generales y jefes, eran pronunciados por el pueblo con esa veneración que levanta el afecto y sostiene el entusiasmo. El dogal de las fuerzas nacionales sobre Madrid iba estrechándose día a día. Desde las avanzadas, ya la gran fábrica urbana de la capital del país se dominaba con la mirada. Sobre el mapa volcaba su impaciencia y su fe el patriota, en una observación minuciosa del posible enlace de las columnas y de las zonas más cercanas a la nueva conquista.

Próximos ya a la gran urbe, pero aún en plena paramera castellana, se izaban con su traje de tejas rojas los pabellones del polvorín de Retamares, de los que las hordas asalariadas de Moscú habían hecho lugar de amunicionamiento de verdadera importancia, y en cuya defensa habían de poner, sin duda, las máximas resistencias, ya que su caída suponía, a más de su gran pérdida material, abrir al Ejército nacional un nuevo camino hacia Madrid. Fué entonces cuando...

CAMINO DEL FRENTE

El día primero de Noviembre comenzaron a concentrarse en Valladolid las primeras fuerzas de choque de Falange designadas para el frente de Madrid. Santiago, Campo Grande, Fuente Dorada vivían una animación nueva y precursora de lo que más tarde habría de traducirse en otra página de gloria para los aguerridos camisas azules. En la Academia de Caballería, convertido en Cuartel general de Falange, en el Pinar y hasta en calles y cafés, iba adensándose la atmósfera de la preparación. Capotes nuevos, botas de marcha, fusiles de reluciente acero y, sobre todo esto, una luz viva de esperanza en la mirada y una calidez de mocedad bravía a flor de labio. Hasta en plena Acera surgía la despedida cordial al camarada o al amigo:

—¿Cuándo marcháis?

—No puedo decirte. Estamos esperando órdenes. Lo mismo puede ser esta noche que mañana. Ya lo tenemos todo dispuesto para cuando digan.

—¿A Madrid?

—Hacia Madrid.

—De buena gana marcharía con vosotros.

—Pues porque no querrás.

—Porque no querré? ¡Si tengo ya dos hermanos en el frente, y en casa no me dejan! En parte, tienen razón. Si nos matan a los tres, ¿quién se cuida de los viejos? Al menos, que quede uno. Y ese uno he tenido la desgracia de ser yo en mi casa. ¿Os vais muchos?

—De choque, vamos tres centurias. Una de Valladolid, otra de Segovia y la de Madrid.

Entramos en el día 4 de Noviembre, y la noticia se esparció como la fulminada de un cohete por la ciudad.

—¡Esta noche se va Falange!

—¿Va tu hermano?

—Naturalmente. Si no le dejásemos ir por las buenas, se escaparía, y era lo mismo. Se va mucha gente. Voy a comprar unos «detentes» y unas medallas para los chicos.

—Nosotras ya las compramos. ¿A qué hora se van?

—No sé. Voy a adquirirlas antes de que ciernen, porque luego, a última hora...

Y las muchachas veinteañeras de Valladolid, madres y hermanas, formaban a primeras horas de la tarde cordiales corrillos con los fa-

langistas, les paraban en plena calle de Santiago para hacerles el ofrecimiento de una reliquia o de un pequeño recuerdo bendecido.

A las seis, Campo Grande y los alrededores de la Academia ofrecían el soberbio espectáculo de una gran muchedumbre enrascimada. Ya se encontraban en el cuartel de Falange los camisas azules llegados del Pinar. En el gran patio central de la Academia fueron formando las milicias expedicionarias, y al filo de las seis y media, un movimiento de expectación en el gentío, que recorrió la explanada con un crescendo de pleamar, fué el anuncio de que las fuerzas se disponían ya a salir.

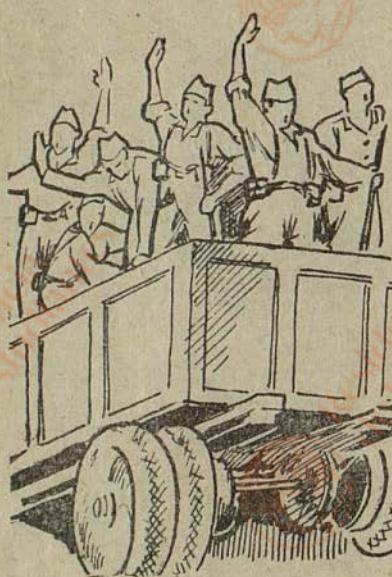
El desfile de los falangistas desde la Academia a la estación del Norte, por todo Campo Grande, fué algo apoteósico... Los camisas azules, vitoreados frenéticamente por la multitud, marchaban cantando el himno de Falange, cuyos versos se erguían arropados en una continuada salva de aplausos. Formaban las fuerzas expedicionarias tres centurias: la de Valladolid, la de Madrid y la de Segovia, mandadas por el comandante Navarro, con los siguientes jefes de centuria: Luis Argüelles, la de Valladolid; capitán Navarro, la de Segovia, y capitán Silvestre, la de Madrid. Con las centurias marchaban también otros falangistas destinados al servicio de orden y vigilancia.

En tren marcharon las fuerzas hasta el pueblo de Azaña, que fué bautizado por los Ejércitos de España, al ser conquistado, con el nombre de Nueva Numancia, seguramente para evitar a sus honrados vecinos el oneroso título de «azañistas» en la nueva historia de España. Antes de llegar a Nueva Numancia, el convoy se detuvo un par de horas largas en Talavera, con objeto de que las centurias fueran revistadas por el general Varela, ante el cual desfilaron en perfecta formación y con la impedimenta de ametralladoras. El general Varela felicitó al comandante Navarro por la marcialidad y buen conjunto de la muchachada azul. Desde Nueva Numancia, los expedicionarios



marcharon a pie, por carretera, a Illescas, y desde este punto, en camiones, se trasladaron a Alcorcón.

El viaje se hizo de noche. Por la carretera avanzaban los camiones de Falange envueltos en mil cánticos. La juventud española sabía marchar a la guerra con la generosidad que imprime la convicción de una patria necesitada del esfuerzo de sus mejores hombres. Y cara a la muerte, la Falange iba desbordada en cantos de optimismo, como si quien la esperase fuera la vida joyante y prometedora.



Llegados a Alcorcón, el pueblo, que había sido tomado por nuestras tropas el día antes a los rojos, se envolvía aún en un olor penetrante a pólvora. Por sus calles se amontonaban en la oscuridad esos residuos trágicos que la guerra va dejando a su paso. Muebles rotos, prendas abandonadas, hierros en último retorcimiento, puertas arrancadas por la violencia de las explosiones, hoyos, tierra removida, trozos de cascote y tejas voladas por el estallido de los obuses. Y envolviendo el silencio, hundiéndose en él para hacerlo más profundo, las sombras cerradas del nocturno, sin una luz, sin una pequeña hoguera. La vida

hubiera quedado detenida, si en el fondo de una corralada, saltando sobre sus bardas de caña y adobe, las notas melódicas de un acordeón no hubiesen puesto como un pequeño temblor de cosa latente. Alcorcón había sido tomado por el Tercio, y en la corralada, un grupo de legionarios fumaban y bebían bajo ese signo de amistad y de confortación que hasta en los más graves momentos de riesgo y soledad nos proporciona la música.

A los falangistas se les habían asignado las naves derruidas de la iglesia del pueblo para descansar hasta la salida para el frente, y sobre el suelo, revuelto con restos de una destrucción reciente de altares y coros, se echaron unas mantas y los camisas azules se entregaron a un breve sueño reparador.

CON EL TERCIO

A las tres de la mañana se tocó diana, y la Falange se puso nuevamente en pie. Aún era noche cerrada, y se desconocían los motivos del llamamiento.

Las centurias formaron dentro de la misma iglesia, bajo la gran nave central, y al salir a la calle, algo extraño en el ambiente les dió a entender que algo inmediato se preparaba.

La noticia se esparció con la rapidez del relámpago por entre los falangistas:

—¡Vamos con el Tercio hacia Retamares!

Una impaciencia que contaba los minutos por horas se había apoderado de nuestros muchachos; la nerviosidad ponía un tic singular en los rostros.

—¿Tardaremos mucho en salir?

—No sé. Serán ya las cuatro, ¿no?

—Ya deben ser. Esperaremos seguramente que empiece a amanecer.

Minutos después, aún no amanecía, las centurias abandonaban Alcorcón. Se marchaba despacio, sin prisas, obedeciendo las órdenes del mando, como si, previamente medida la distancia, se llevase una pequeña anticipación sobre el horario previsto para la llegada a un punto determinado.

Una claridad lechosa comenzaba a apuntar por el Este, corriése por el cielo como las luces precursoras del amanecer. Los muchachos caminaban charlando en su formación de tres por línea. Un viento fresco golpeaba los rostros. De pronto se hizo un alto. Al borde del camino, sobre una gran explanada de la izquierda, apareció un nuevo núcleo de fuerzas. Era el Tercio, al mando del comandante Castejón, que esperaba previamente el enlace con las centurias en aquel lugar. El encuentro despertó entre los falangistas un gran entusiasmo, contenido a duras penas. Era verdad: la Falange iba a entrar en fuego junto a la Legión. Y cada camisa azul se hizo en el corazón una promesa inviolable, por España y por la Falange: «A donde llegue el Tercio, llegaré yo».

Días largos de la espera; inquietud hecha carne; ansiedad por la hora que nunca llega. Pero ya estaba próxima, ya estaba al alcance de la mano. Batirse por España, y batirse junto a la Legión, nido de héroes y ejemplo renovado de insuperables temeridades. Las manos se tendían solícitas, como una larga caricia, sobre las culatas de los fusiles, como calmando un deseo transmitido desde la carne, subiendo del corazón al hombro, para pasar por la correa del arma al acero rayado, a la recámara, al cerrojo, al interrogante bruñido del gatillo.

—Ahora sí que va de veras.

—Ya era hora.

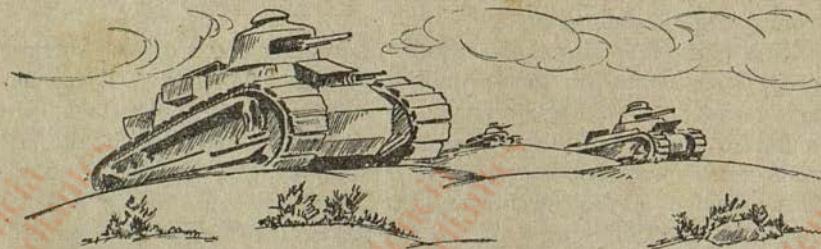
—Y hay que apitarse, pase lo que pase.

Los legionarios reflejaban en sus rostros la satisfacción del momento. Sabían ya de su bravura, y sonreían a aquellos bisoños de la guerra con las cinco flechas sobre el pecho, como en un saludo de amistad y colaboración.

El comandante Castejón hizo un aparte con el comandante Navarro, jefe de las centurias.

En cabeza del Tercio, los carros de asalto se alineaban en formación abierta. Grises, largos y enanos, como orugas pegadas a la tierra, con sus torretas giratorias y la ranura abierta en trágica mueca, por donde asomaba el tubo de fuego, como un ojo vigilante en el camino.

El mando dió la orden de avanzar.



LA CONQUISTA DE RETAMARES

Precedido de los carros de asalto, el Tercio salió por delante, quedando un poco a la retaguardia las centurias. La operación sobre Retamares estaba a cargo de la columna de Castejón, dividida en tres alas: la del centro, formada por el Tercio; la de la izquierda, cubriendo el flanco, integrada por Falange, y la de la derecha, que ya había salido con anterioridad, para enlazar más tarde con la Legión, compuesta por los Regulares.

La misión confiada por el mando a las centurias era delicadísima, y para cumplirla había necesidad de jugarse cuanto el enemigo pudiese sobre el campo, ya que consistía en proteger todo el flanco izquierdo de la operación para evitar que los rojos hicieran cualquier movimiento envolvente.

A las siete de la mañana comenzó el fuego por el sector centro y derecha, al encontrar contacto nuestros tanques y las avanzadillas del Tercio y Regulares con las primeras posiciones ocupadas por el enemigo. Los rojos, pegados al terreno y protegidos por parapetos y trincheras, hacían un nutrido fuego de ametralladora y fusilería. El terreno, suavemente ondulado, pero todo él cuesta arriba, hacia el polvorín cuya conquista se intentaba, favorecía al enemigo.

Mientras nuestras tropas coloniales proseguían su avance, las centurias ocuparon una vanguardia sitiada detrás de un altozano que daba vista a la venta del Cano, en espera de órdenes de nuevo avance, según los movimientos que hicieran los rojos al verse atacados por el centro y por la derecha.

El ímpetu del Tercio y de los tabores era, una vez más, admirable. Las primeras trincheras rojas, defendidas por una doble fila de alambradas, eran un verdadero cráter. Se disparaba desde ellas por descargas cerradas y fuego en cortina de ametralladoras.

Los moros, arrastrándose por tierra y ofreciendo apenas blanco, avanzaban penosamente, pero seguros de sí mismos, envueltos en una verdadera nube de metralla. Los legionarios, abiertos en guerrilla, acosaban por su flanco, aprovechando las hendiduras del terreno, las pequeñas matas del monte y las piedras de algún saliente. Iban avanzando por galopadas de veinte en veinte metros, llevando en vilo sus

ametralladoras, con una precisión tal en la medición de las distancias de piedra a piedra, que al salir de detrás de la última ocupada ya saían sobre la que iba a terminar el salto iniciado, con una experiencia de la guerra y una serenidad tan admirables, que los obstáculos parecían rendirse dóciles a su marcha. Los oficiales del Tercio y Regulares gritaban enardecidos a sus hombres, cubriendo los puestos de mayor peligro en la vanguardia:

—¡Adelante la Legión!

—¡Mis moros, los primeros!

Los Regulares aseguraban el tiro echados a la larga sobre la tierra espolvoreada por la lluvia del plomo enemigo, proseguían su marcha

ya a escasos metros de las alambradas enemigas. Cuatro moros se habían distanciado en aquella carrera en la que los cuerpos, de bruces sobre el polvo, daban la sensación de ir avanzando sobre el agua de una piscina en dura competencia de natación. Eran los especialistas en el corte de alambradas: hombres avezados a olfatear de cerca la muerte con el hacha en el cinto y una sonrisa blanca e indiferente sobre los dientes entreabiertos.

Ben Achac, el viejo beniturriagueés, con su cabeza rapada, su peirilla hirsuta y el cuerpo lleno de cicatrices, llegaba el primero a los postes.

Tendido en tierra, giró sobre la cadera hasta ponerse cara arriba, y blandiendo el hacha, de un golpe seco y certero partió por la raíz

el poste. Cada uno iba enfilado a un palo, como los nadadores se proyectan, sin perder la recta, sobre el número de su calleja de corchos. Los postes fueron cayendo sucesivamente, segados a ras del terreno.

Los infantes moros de primera línea, ya sin alambradas entorpecedoras para su avance, se irguieron rápidos a la voz de mando. Sobre el monte se levantó un griterío ensordecedor. Los moros se lanzaban aullando, gesticulantes, enfurecidos, sobre las trincheras rojas, con un



ardor de mil furias desatadas. En la mano derecha, la bomba de mano, y el fusil, plegado a la altura del muslo izquierdo.

A unos quince metros de las trincheras rojas, los moros lanzaban sobre los reductos, ya vacilantes, aquella saeta de muerte y exterminio, que volaba de su mano a la zanja con un tino resuelto en resplandores de matanza. Ya al borde de las trincheras, saltaban sobre su fondo con el cuchillo, cruzado por el brillo de un relámpago, de sus dientes a su diestra. Tomado el reducto en una feroz lucha cuerpo a cuerpo, entre gritos, blasfemias y súplicas delirantes de perdón sin perdón, los Regulares hacían de la trinchera recién conquistada abrigo momentáneo, cruzando su fuego con los de la zanja inmediata, aún ocupada por el enemigo.

Mientras Tercio y Regulares proseguían su marcha, conquistando terreno al enemigo, que iba retrocediendo de trinchera en trinchera, el ala izquierda



de los rojos, que estaba de refresco sobre la retaguardia, inició un movimiento envolvente para coger entre dos fuegos a la Legión, y las centurias, que ya habían recibido órdenes de avanzar y tenían tomadas las dos primeras lomas, se disponían a cortar la maniobra soviética, tirándose a fondo sobre los primeros núcleos enemigos, con los que rabaron un copioso fuego de fusilería y ametralladoras.

Los camisas azules, con una precisión de verdaderos veteranos en sus movimientos, no sólo contuvieron la ofensiva por aquel sector, sino que obligaron a replegarse al enemigo, un poco sorprendido por la táctica de aquellos muchachos y por el ardor puesto en la lucha. Los falangistas, sujetos en todo instante a las voces de mando, actuaban como el ala de un auténtico ejército regular. Era al filo de la una de la tarde, y desde el medio día, ya en terrenos del campamento de Retamares, hacían un fuego que con intensidad varia sostuvieron hasta las seis de la tarde, en que, ya libre de enemigos aquel sector y afianzado el éxito de la operación, dispusieron la marcha sobre el poi-

vorín, que ya había sido tomado heroicamente por los Regulares y el Tercio. ¿Cómo? Para seguir paralelamente la acción de los tres sectores, tenemos que hacer un pequeño regreso.

El objetivo de la operación era la conquista del ya citado polvorín de Retamares, cuya fábrica la constituyen unos pabellones de ladrillo

ocre, en los que ondeaba la bandera roja desde los primeros días del glorioso alzamiento.

Ya desaparecido el peligro de que el sector centro, formado por fuerzas del Tercio, fuese envuelto, gracias a la brillante actuación de las Falanges, Legionarios y Regulares, prosiguieron su avance hasta hallar contacto, a unos ochocientos metros del polvorín. Fué entonces cuando el ataque al fortín rojo alcanzó mayor emoción e intensidad. Las fuerzas coloniales se abrieron en semicírculo bajo el mando directo del comandante Castejón, que sobre la misma marcha iba moviendo sus tropas con un acierto insuperable.

Los últimos reductos rojos fueron los que mayor resistencia ofrecieron al avance victorioso de nuestras tropas; pero, uno tras otro,

iban cayendo bajo el ímpetu de legionarios y moros, que, con bombas de mano, a machetazos, a golpes de cuchillo, seguían abriendose paso hacia las naves donde la bandera soviética se erguía al viento como un reto.

Los rojos habían convertido el polvorín en una verdadera fortaleza, rodeado todo él de una profunda trinchera, y las ventanas, protegidas con sacos terreros, transformadas en nidos de ametralladoras.

Cuando las fuerzas coloniales llegaron a unos cien metros de las naves, siguiendo pegadas a tierra para no ofrecer blanco al enemigo, y saltando de redotto en redotto, un clarín penetrante fué la voz que tendió sobre los aires la orden decisiva: ¡Al asalto!

A pecho descubierto, desafiando la granizada de las ametralladoras rojas, Tercio y Regulares avanzaron como empujados por un torbellino de locura resuelto en gritos, vítores y vivas. Las bombas de





mano surcaban el espacio, cubriendo de estallidos la fachada, las ventanas, el último baluarte enemigo. El ataque en forma de herradura sobre el polvorín fué tan enérgico, tan rápido, tan bien trazado, que viéndose los rojos envueltos por todas partes y a nuestros soldados dispuestos a no detenerse en el asalto, antes de llegar la primera oleada de moros al pie de las ventanas, sin esperar el choque de los bravos legionarios en el fondo de la última trinchera, el enemigo huyó a la desbandada, abandonando ametralladoras, fusiles y toda clase de pertrechos.

Un vítor unánime unió en entusiasmo a nuestras fuerzas. Moros y legionarios, al grito de «¡Viva España!», se metían de cabeza por las ventanas, en persecución de los fugitivos. A hachazos, a culatazos, a patadas, fueron derribadas las puertas del polvorín.

El asalto había sido tan rápido, que un grupo de rojos, sin tiempo para huir, se había refugiado en el fondo de uno de los últimos pabellones e intentaban hacerse fuertes en él. Un moro, arrastrándose por debajo de las ventanas, colocó un cartucho de dinamita en la puerta. Cada ventana era un volcán de fuego. Pegadlos a la pared, nuestros soldados cruzaban retos y diceríos:

— ¡Salid, cobardes!
— ¡Entrad vosotros!
— ¡Os vamos a pelar vivos!
— ¡Abrid la puerta, si os atrevéis!

Desde dentro se hacia sobre aquella un fuego granizado, y la madera de los tablones saltaba en pequeñas astillas al paso de las balas, cuando un estallido seco hizo retumbar la nave y la puerta saltó hecha mil pedazos. Por el hueco, cuchillo en mano, penetraron legionarios y moros. Poco a poco fué cesando el fuego del interior. Sólo se percibía un estrépito sordo de jadeos, de imprecaciones cortadas a flor de labio, de juramentos roncos.

Y de pronto, un silencio hondo y trágico. Moros y legionarios salían de la nave con sus uniformes rasgados, con las huellas de una lucha a muerte en sus rostros amoratados. Los cuchillos brillaban como extraños rubíes.



Por el tejado trepaba un legionario. La bandera soviética se derribó bajo el golpe certero de un hacha. Y en su lugar, la enseña roja y guadaña de España se rizó a los vientos, proclamando que Re-tamares había sido ya ganado para la gran causa nacional.

LA GLORIA DE FALANGE

La acción paralela obliga a otro pequeño retroceso, en busca de la gloria de Falange.

Al avanzar el Tercio hacia el polvorín, las centurias del comandante Navarro sustituyeron al Tercio en la posición de la Venta del Cano, con objeto de que la Legión, como ya dijimos antes, quedase protegida por su flanco izquierdo.

En la última loma de este sector fué herido en el pie izquierdo José Antonio Girón, cuando, en cumplimiento de sus funciones de subjefe de centuria, iba poniendo los puestos para escalar el avance. Girón, en lo más alto de la loma, atendiendo sólo a su centuria y sin cuidarse del nutrido fuego que desde abajo hacía el enemigo, fué alcanzado por una bala.

José Antonio Girón, cuya modestia sólo puede compararse con su entereza, se limitó a decir, al ver su borceguí manchado de sangre:

—Deben haberme herido; pero no es nada.

—Sus camaradas, que adoran en él, le rodearon solícitos, formando a su alrededor una muralla con sus cuerpos.

—Ahora te evacuaremos.

Ya habían sido avisados los médicos, y acudían solícitos para atenderle los doctores Corzo y Petschen, sin importarles el fuego de fusilería que desde sus escondrijos seguían haciendo los rojos contra la loma.

Girón mandaba imperativamente:

—No preocuparos, que esto no es nada. ¡A vuestros puestos! ¡Todos a vuestros puestos, y dejadme!

—Luego, luego. Ahora tenemos que llevarte.

Y casi a viva fuerza, los falangistas cogieron en brazos al valeroso Girón para proceder a su evacuación cuando llegaban los médicos. Corzo y Petschen no sólo prodigaron los consuelos de la ciencia y el afecto de la camaradería entre los camisas azules, sino que también rin-

dieron su tributo de sangre a la gloria de España y de Falange, porque, en su abnegación, cayeron heridos bajo el plomo marxista.

Las centurias, al llegar al polvorín, fueron recibidas con vítores por legionarios y regulares. Habían peleado derrochando sangre, abnegación y patriotismo. Sólo la centuria de Valladolid contaba con veintitántos heridos en sus filas.

El comandante Navarro podía sentirse orgulloso de sus camisas azules. En Retamares, el heroico comandante Castejón, jefe de la columna, estrecha con efusión la mano del comandante Navarro:

—Esos muchachos se han batido como leones. Así deben ser los soldados de España. Les felicito y me felicito.

LA CASILLA DE LA MUERTE

Aunque de hecho Retamares ya estaba en poder del Ejército español, la amenaza constante que durante cerca de un mes se abatió sobre él constantemente bajo los fuegos de la aviación y la artillería rojas, y con el enemigo no sólo a escasos metros, sino además atacando y aprovechando cualquier descuido para intentar una sorpresa, hizo que su posesión no fuese verdaderamente efectiva hasta que, tomado Pozuelo, el enemigo quedó tan castigado y distante de nuestras posiciones, que ya Retamares quedaba consolidado y casi como zona de la retaguardia. En todo este azaroso período de consolidación, fué cuando las fuerzas de Falange templaron bien sus armas y las centurias de Valladolid, Madrid y Segovia batieron un verdadero récord de espíritu militar, de pujanza y bravura. Tercio y Regulares prosiguieron su avance hacia Madrid por el ala izquierda, en busca del enlace de las carreteras de Pozuelo y La Coruña, y en Retamares sólo siguieron las tres centurias citadas y una «mía» de moros. Estas fuerzas quedaron a la defensa y custodia de la nueva zona conquistada, que los rojos rodeaban por todas partes menos por el sector del campamento de Cuatro Vientos.

Los falangistas, poseídos de un gran espíritu, se dedicaron a afianzar sus posiciones, construyendo sólidos parapetos y trincheras cubiertas para hurtar la acción de los «pájaros» y cañones rojos. Muchachos todos de carrera, despiertos de inteligencia y entusiastas de

corazón, ponían tan felices intuiciones en su obra, que las fortificaciones parecían hechas por soldados ya expertos en tales menesteres bélicos.

Entre cantos, siempre con una sonrisa sobre el esfuerzo, unos acarreaban cemento, otros llevaban piedras, aquéllos cargaban sacos terreros, los de más allá abrían profundas zanjas, provistos de palas y picos. Y mientras unos trabajaban, otros, turnándose, y cada cual superándose en el cumplimiento de sus deberes, montaban las guardias en los puestos de avanzada señalados por los jefes.

En el campamento se vivía para la guerra, pero con tal colaboración fraterna entre ellos, de la que también participaban los moros, que hacía de Retamares un lugar que era el orgullo del comandante Navarro y la satisfacción de sus aguerridos moradores.

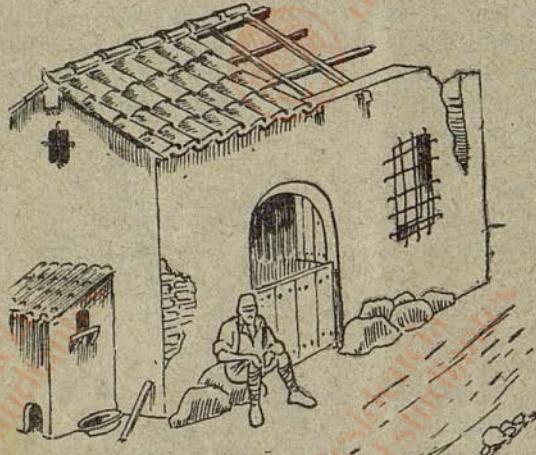
Una pequeña chavola, a la que las centurias habían bautizado con el nombre de «Casilla de la Muerte», se levantaba en el lugar más avanzado del frente. Era una casina de adobe y ladrillo, de un solo piso, en la que estaban de guarnición diaria una sección de moros y una Falange de veinticuatro camisas azules, que eran relevados periódicamente por otros. Los moros vivían encantados con los falangistas, a los que llamaban el «charca amiga», y unos y otros se disputaban en todo momento los sitios de mayor peligro, en un alarde de patriottismo y arrojo de buenos guerrilleros, que se haría difícil determinar quién superaba a quién.

La casilla, por su situación era blanco constante de la artillería roja, que disparaba contra ella jornada tras jornada gran número de obuses y granadas, no dando lugar a que sus bravos defensores se aburrieran en ella. A veces, cuando el fuego enemigo era más intenso y se corría el peligro de que un obús del quince se la llevase como a una paja con todos sus guardadores dentro, moros y falangistas la abandonaban transitoriamente, tomando posiciones a sus alrededores, ocultos entre piedras y breñales, pero con el fusil y la ametralladora dispuestos a no ceder el paso a los rojos, si es que lo intentaban.



Día tras día, la casilla, removida por los impactos de la artillería roja, iba perdiendo algo de «carne». Hoy era un trozo de tejado; mañana, una porción de pared, hasta que quedó reducida sólo a las paredes, con un poco de techumbre. Pero esto les bastaba a falangistas y moros para guarecerse en ella en los paréntesis de calma, y hasta

para sentir como una reminiscencia de confort alrededor del té preparado por los marroquíes, o enzarzados en una amistosa partida de cartas, que discurría entre bromas y la admiración de los moros al ver lo bien que algunos de la «charca amiga» le daban al naípe. Era la guerra, la guerra cruenta, lo que en la «Casilla de la Muerte» vivían de día y de noche, y por algo aque-



llos mozos resueltos y valientes la habían bautizado así. Es que era la jornada en la que los disparos rojos no causasen víctimas entre sus defensores. Tan avanzada y próxima al campo contrario se encontraba, que de ella a las trincheras enemigas sólo había la distancia de unos cincuenta metros.

Por las noches, desde la casilla a las zanjas enemigas se entablaban pintorescas conversaciones. Falangistas y rojos, con cierta donosura, se ponían verdes, o bien se cruzaban esos diálogos de la guerra, en los que la chanzoneta iba envuelta en la tragedia inminente.

Entre los rojos había un teniente que era el más hablador y buen-humorado de todos. Ya le conocían de nombre hasta en la «Casilla de la Muerte», porque frecuentemente se les oía decir a los militiamos marxistas:

—¡Tócanos un poco la guitarra, Serafín, que te oigan los fascistas!

Y el teniente Serafín, en el fondo de la trinchera, rasgueaba con cierto primor un fandanguillo, cuyas notas quedaban temblando en la profundidad silenciosa de la noche. Los nuestros gritaban:

—¡Otro, otro! ¡Ahora tócanos algo de Wagner!

—¡No me da la gana, que ese es alemán!

Y terminado el concierto, los diálogos continuaban de nuevo de posición a posición. Los rojos decían:

— ¡Pasaros, que aquí se está muy bien!

— ¡Quiá! Se está mejor aquí. Tenemos hasta cuarto de baño.

— ¡Ja, ja! ¿Nos lo dejáis?

— ¿Para qué? ¡Si no sabéis lavaros!

Un día el chanceo corrió a cargo del popular teniente Seraffín. Este gritó:

— Bueno, ¿es que no vamos a salir nunca de paseo?

— Sal, si quieras, que no te tiramos.

— ¡Miau! Primero, salir uno de vosotros.

— Palabra, que no te tiramos.

— Palabra de señoritos?

— Palabra de Falange.

— Es que quiero que me veáis el tipo.

— ¡A verlo, a verlo!

— Es que, como me matéis, no oís ya más la guitarra.

— Claro, claro. ¡Sal, hombre!

Y Serafín dió un salto, se puso de pie en el borde de la trinchera y compuso una figura coreográfica.

— ¿Qué tal? ¿Estoy bien de línea?

— ¡Eres Serafín el pinturero!

— Bueno, y gracias por no haberme tirado. Ahora os voy a tocar algo del maestro Onofrof, que es de los míos.

El optimismo joven vivía también sus buenos ratos bajo la metralla, en una mezcla de sangre y de risa, de esperanza y desesperación. Uno de los que cayeron en la trágica casilla, ya en los últimos días, fué el falangista vallisoletano Marcelo Cesteros. La metralla de un obús lo destrozó horrorosamente cuando se disponía a salir de la casilla con el también camisa azul López Perrín, un chaval de Castilla, que supo jugarse la vida a cara o cruz por la gloria del yugo y las cinco flechas.

¡PRESENTES, SOBRE LOS LUCEROS!

En el tiempo en que las centurias estuvieron en Retamares, y durante las conquistas realizadas hasta llegar al polvorín en sus avances por el sector izquierdo, la Falange vió caer envueltos en heroísmo a muchos camaradas, algunos de los cuales hacen ya guardia sobre los luceros. La relación de bajas, sólo durante los días 7, 8 y 9, fué la siguiente en las tres centurias:

CENTURIA MECANICA DEL CAPITAN TREJO

HERIDOS

Valera (grave), cabo de máquinas.
Victor Garcia, sirviente, menos grave.

Julián Martin, sirviente, menos grave.
Eleuterio de Pablo, sirviente, menos grave.

CENTURIA DEL CAPITAN SILVESTRE

MUERTOS

Francisco de Alberola.
Juan Redondo Galindo.
Francisco Sánchez García.

Angel Alvarez Ribledo.
Manuel Lloreba Rueda.

HERIDOS

Jaime Zabalo Castelo.
Angel Abad Mingueloa.
Julián Martin Garcia.
Ceferino Varela Alonso.
Antonio Alberola Ruiz.
Ignacio Pérez Rodriguez.
Antonio Stolbe Cerezal.

Francisco García Iglesias.
Ignacio Herreras.
Antonio Hermosilla.
Francisco Barallo.
Leopoldo López Carrión.
Miguel Guijarro Rodriguez.
José Ardura Vitilia.

Luciano Romero Julián.
Fernando Bechez.
Luis Serra Hamiltón.
Joaquin Loizo Agoireta.
José María Rodrigo Carranz.
Blas Serafin González.
Jesús Millán Sánchez.
Angel Manzano Ventura.

Marcelino Gutiérrez González.
Luis Romero y Julián.
Basilio Sed Hurtado.
Guillermo Hernanz Blanco.
Pascual Llorente Pascual.
Willebaldo Farabal.
Guillermo Pérez.

CENTURIA DEL CAPITAN NAVARRO

MUERTOS

Florencio Condado.

Javier López Vázquez.

DESAPARECIDO

Eugenio Alonso.

HERIDOS

Juan Redondo.
Miguel Tejedor.
Enrique Muñoz.
Emiliano de Pedro.
Ignacio Herranz.
Cirilo Casas.
Isidro Martín.
Gregorio García Palomares.
David Lucas.
Elias de Andrés.
José Torres Quevedo.
Manuel Santos.
Victorio García.

Juan José de Frutos.
Félix Rulero.
Benedicto San Miguel.
Isidro Notario.
Sinforoso Sáiz Redondo.
Vicente Pérez Martín.
Doroteo Pato.
Ladislao Catalina.
Arcadio Aragón.
Anastasio Gil.
José Hernández Contreras.
Paulino Callejo.

CENTURIA DEL CAPITAN ARGÜELLES

HERIDOS

José Antonio Girón.
Angel Herranz.
Francisco Gutiérrez.

Manuel Hernández Galván.
Camilo Millán Carrasco.
Fernando Molpeceres.

Pedro Barrigón Barrigón.
Eutiquio Sanz Muñoz.
Cesáreo del Caño.
Salvador Montes.
Argimiro Recio Pelayo.
Emeterio Manjarrés Antoraz.
Emilio Iglesias.
Hernando Calleja.

Ignacio Estévez.
Angel de la Iglesia.
Bernardo Estévez.
Melitón Arranz.
Antonio Petschen Kutz (médico).
Francisco Corzo (médico).

A POR VINO A LA CASA DEL RELOJ

Estando las centurias ya en Retamares, supieron que en la finca conocida por Casablanca, rica propiedad de un título de Castilla, rodeada de hermosos viñedos y sobre cuya fachada existe un hermoso reloj, por lo que los falangistas la bautizaron con el nombre de «Casa del Reloj», había un magnífico vino. Recordaban la sed devoradora que pasaron desde la salida de Alcorcón hasta la llegada al polvorín: todo el día metidos en fuego y sin encontrar agua por ninguna parte. Y «a la visita» del rico mosto, decidieron nacer una incursión.



misas azules que algo que valía la pena debería haber en ella, y hacia el sospechado descubrimiento se dirigieron los falangistas Enrique Sáenz, Represa, Zaera, Chomón y Salcedo.

El enemigo les vió llegar, y esperó que la abandonasen para tirar

tearles. En efecto, a la misma salida de la casa un plomo hirió a Enrique Sáenz.

Salcedo, arriesgándolo todo, se echó a campo traviesa, cruzando la zona de fuego, con objeto de buscar un coche en Retamares, con el que poder transportar al herido, mientras los restantes camaradas se quedaban en la «Casa del Reloj» protegiéndole; sobre la que se seguía disparando, incluso con artillería, cada vez con mayor intensidad.

Desde Retamares, Salcedo, en unión de Pepe Sáez, marcharon a Carabanchel para dar cuenta a los artilleros de lo que ocurría, ya que, llegados a la casa en reconocimiento, nuestras baterías podían no conocer la condición de los que en ella se encontraban y pudieran ser nuestros propios artilleros los que disparaban sobre ella.

En Carabanchel, una vez hecha la notificación, los dos falangistas recogieron una bandera para ponerla en el coche, ya que estaba anocheciendo y convenía que desde nuestra línea vieran que el coche era de España y no le tirasen. Ya en marcha, se perdieron por confundir la carretera, hasta que salieron a Retamares, y, ya en plena noche, pero mejor orientados, se dirigieron directamente a Casablanca.

La llegada fué de verdadero susto. Sin perder minuto, Salcedo y Pepe Sáez penetraron en la casa, y cuál no sería su sorpresa al encontrarla completamente deshabitada. Les llamaron a grandes voces:

—¡Enrique!

—¡Chomoooon... Represaaaa!

Nadie respondía. La alarma era lógica. La primera suposición fué la de que podían haber caído prisioneros, y con objeto de poder recoger refuerzos para poder rescatarlos aunque hubiera tenido que arder toda la zona, regresaron a Retamares para comunicar al comandante Navarro lo que ocurría. Todos los falangistas se ofrecían como voluntarios para ir en busca de los camaradas desaparecidos; pero el comandante Navarro les hizo ver la dificultad grande de la empresa no sabiendo ni aproximadamente dónde podrían hallarse. Y en estas dudas e inquietudes se encontraban, cuando apareció de improviso Zaera, que llegaba de la Casa del Reloj en vista de la tardanza de Salcedo.

La llegada de Zaera levantó de nuevo los ánimos y por él se supo lo ocurrido:

—¿Dónde estábais?

—Escondidos en un soto próximo a la casa.

—Es que estuvimos en ella y ál no encontrarlos...

—Cualquiera se estaba allí con los pepinazos que nos facturaban.

Era más peligroso, incluso para Enrique.

—¿Cómo está Sáenz?

—Está bien. ¿Vamos por él?

Y se encargó a Vicent, que con Pepe Sáez, Pombo, Sanz el pequeño y Salcedo, fueran a recoger al herido con el que se encontraban Represa y Chomón.

Salieron los expedicionarios en busca del camarada herido, y orientados por Zaera llegaron hasta el soto donde se encontraba; pero una vez allí se dieron cuenta de que no habían llevado camilla y que el traslado en brazos sería muy molesto para Sáenz, por lo que decidieron regresar de nuevo un par de ellos en busca de la camilla. Ya ésta en el soto, acomodaron en ella al herido y lo llevaron en hombros cerca de cuatro kilómetros hasta el campamento de Retamares. La herida la tenía Enrique Sáenz en el costado, sobre la que hicieron una cura provisional, lavándosela con agua que era lo único que tenían a mano.

El desfile con la camilla en hombros, a través del monte, en noche cerrada y bajo los estallidos de la artillería en plena acción, tenían un hondo sabor de agua fuerte.

UN TIRADOR

En la «mia» que había quedado de guarnición con las centurias en Retamares había un marroquí viejo, esquelético, natural de Ifni, que llevaba la ternilla de la nariz traspasada por un pequeño orificio del que en otros tiempos pendía una pequeña ajorca de oro, que es como el símbolo de los tiradores de dicha zona, ya lindantes casi con el Sahara.

El africano respondía por Ali Mamit y era un verdadero prodigo con la «fusila».

Ali Mamit era un guerrero montaraz envejecido sobre las ascuas del desierto, que tenía que pelear a su modo para ir apuntando rusos en su «cuaderna», como él llamaba a un grasiendo blok de notas en el que iba trazando con lápiz un palito por cada rojo «cazado».

Alí Mamit se obstinaba en pelear solo por ser esa su «costumbre», y como era sagaz y astuto como él solo y se sabía que su procedimiento era realmente eficaz, se le permitía desenvolverse por su propia cuenta. Y así Alí Mamit salía antes de la amanecida de su trinchera, y arrastrándose entre las sombras de la noche, olfateando como un sabueso, tomaba posiciones tirado entre dos piedras en los lugares más propicios que encontraba cerca del enemigo.

Su hora era entre dos luces y a las primeras fases de la madrugada, en las que su mirada de lince no encontraba secreto. Agazapado, hacía

de la paciencia una profesión en espera de descubrir un trozo o un pedazo de cabeza sobresalir entre las zanjas enemigas. Sonaba entonces un disparo. Alí Mamit sacaba su «cuaderna», y tomando la tierra por pupitre, marcaba un nuevo palito.

A media mañana regresaba al campamento. Iba arrastrando el fusil, caminando lentamente como si fuese aun arrastrándose sobre sus piernas cortas y arqueadas.

—¿Cuántos han caído hoy, Alí?

Alí sacaba tranquilamente su «cuaderna». Contaba con la punta del dedo índice, y respondía suavemente:

—Hoy haber caído cuatro «rusos».

Ya se sabía cuántos disparos había hecho aquella mañana. ¿Cuatro «rusos»? Pues cuatro disparos.

Pero una mañana, al filo del mediodía, Alí aun no había regresado al campamento. Se le esperó en vano durante toda la tarde y la noche, y los moros, temiendo alguna desgracia, salieron al siguiente amanecer en su busca.

A las pocas horas regresaban los seis regulares. Desde lejos se les veía llegar formando dos filas de a tres, como si llevaran algo suspendido en sus brazos. Era el cadáver de Alí Mamit cosido a bayonetas. Le habían encontrado entre dos piedras, de cúbito supino, sin fusil, sin correaje y sin municiones. Los bolsillos estaban con los forros fuera, acusando un mísero y cobarde saqueo.

Uno de los Regulares llevaba en la mano el pequeño «cuaderna» y el lápiz, encontrados a pocos metros del cadáver. En la última hoja escrita del block, correspondiente al día anterior; había anotados con firme pulso seis palitos. Se sumaron con los de las hojas anteriores. El total de los palitos era el de veintiséis. Aquello era el precio de una muerte heroica.

Al viejo tirador de Ifni se le enterró junto a una bancada de tierra próxima. Sin armas, sin correaje, sólo con su uniforme «caqui» rogado por las malezas y raspado por las piedras, y el bolsillo del lado izquierdo de la guerrera, el más próximo al corazón, su pequeño «cuaderna» y su lápiz despuntado, con el que fué trazando su corto camino sobre el heroísmo.

EL ÚLTIMO

Possiblemente porque era buen español, un cristiano y un valiente, Dios quiso acogerlo en sus brazos el último, porque «los últimos serán los primeros». Hemos de referirnos al falangista Pombo, cuya actuación, desde la toma del Alto del León, a la de Pozuelo de Alarcón, fué una brillante cadena de heroísmos.

Pombo, muchacho de una bondad rayana en la abnegación, culto, decidido, bravo y entero, con una entereza atrayente que cautivaba, fué el último camarada que las centurias entregaron a España en Retamares.

Se operaba aquel día sobre Pozuelo; era el tercer día del ataque a este poblado por nuestras fuerzas, y desde las avanzadas de Retamares se veía parte de la operación. Un poco más a la izquierda del campamento, el Estado Mayor del general Varela observaba con sus telémetros la marcha de la acción, combinada entre Regulares y Tercio.

Los falangistas, que ocupaban aquel día la avanzadilla de la «Cáscilla de la muerte», la contemplaban también. Entre ellos estaba Pombo, un poco inquieto y en espera de salir a cumplir un cometido para el que se había ofrecido como voluntario.

En medio de la zona de fuego, en lugar sito bajo la acción de los dos bandos en lucha, se veía volcado un hermoso tanque ruso, al parecer sin avería de importancia. Y a Pombo se le iban los ojos detrás de él. Se presentó al comandante Navarro y le dijo:

—Mi comandante, a poca distancia de nuestras trincheras hay un tanque ruso volcado. Si usted me autoriza voy por él. Se han ofrecido para acompañarme otros camaradas.



El comandante Navarro le respondió:

—Ahora es un poco arriesgado, porque están tirando aún mucho por ese sector. Cuando se haya tomado el cementerio de Pozuelo, el avance de las tropas forzará a la retirada el enemigo y podrán ustedes ir con mayor tranquilidad. Además hay que ir limpiando de armamento todo lo que los rojos hayan abandonado por aquella parte.

Y Pombo se volvió a la «Casilla de la muerte», siguiendo desde su misma puerta, con la ansiedad del que espera ofrecer a su Patria un nuevo servicio, el avance victorioso del Tercio y Regulares sobre Pozuelo. Los minutos debían parecerles años, y fumaban nerviosamente un pitillo, acariciando desde lejos con la mirada el hermoso tanque ruso volcado.

La artillería roja intensificó el fuego, abriendolo en amplia ala, con objeto de proteger la retirada de sus milicianos huídos y en franca derrota. Pombo, con el cigarrillo entre los labios, oteaba impaciente el campo de lucha, cuando de pronto una granada enemiga cayó a unos metros de sus mismos pies, envolviéndole en una densa humareda. El estallido fué seco, hondo y vaticinador de una nueva tragedia.

Los camisas azules que se encontraban más próximos al lugar de la explosión y que habían visto allí momentos antes a Pombo, se lanzaron rápidos en socorro del buen camarada.

—¡Pombo! ¡Pombo!

Aún la nube de polvo no dejaba ver.

—¡Pombo! ¡Pombo!

Hasta que en la recobrada transparencia se vió el cuerpo exánime del valiente Pombo destrozado por la metralla. Estaba con los brazos extendidos cara al cielo. Era el último crucificado en el deber por España y la Falange.

Residencia
de l'Institutants

El próximo Episodio:

Asalto y defensa heroica
del Cuartel de la Montaña

Residencia
de l'Instituto

PRÓXIMAMENTE:

¡GUERRA!

Los dramas de la
guerra en España,
en la ciudad y
en las trincheras.

Por RIENTZI

5 PESETAS

TRES LIBROS SENSACIONALES

EL SUR DE ESPAÑA EN LA RECONQUISTA DE MADRID

Crónica de las operaciones del ejército nacional,
en su avance hacia la capital de España, por

MANUEL SÁNCHEZ DEL ARCO

5 PESETAS

¡Campesinos, contra la ciudad!

(Un libro de combate contra el marxismo y sus
hombres, en el que por primera vez se trata en
esquema la nueva doctrina corporativa), por

DANIEL GUERRERO DE LA IGLESIA

4 PESETAS

LA GUERRA CIVIL EN EL FRENTE DE GUIPUZCOA

Julio-Agosto de 1936 (con la columna del co-
mandante Galbis). Libro intenso y emocio-
nante, fiel reflejo de la vida en campaña, por

5 PESETAS.

M. MORALES

LIBRERÍA SANTARÉN
VALLADOLID

0699-2777
AHB.
Foto de Guerra civil
1-XI/Aspranle